

mecido en buena cuna, y si no presentaba en el conjunto de su porte los rasgos característicos de una alta alcurnia, debía inferirse que había recibido una educación esmerada.

Por lo demás, sus largas orejas, anchas, caídas y finas, su piel negra y lustrosa, su mirada inteligente y triste, y su cola majestuosa y movable, no carecían de la distinción necesaria para adquirir la benevolencia de las gentes.

Mientras yo hacía todas estas reflexiones, el perro continuaba escuchando atentamente las notas que exhalaba el piano, clavados los ojos en la reja.

Llegaba el canto á sus últimos compases, en los que la melodía es más viva y la frase musical más fervorosa, cuando lo vi volver la cabeza hacia la derecha y cambiar completamente de aspecto.

Fué una transformación súbita, que atribuí á la aparición de algún testigo importuno.

Erizó el lomo, como si se viera sorprendido por una fiera pronta á acometerle; la cola se enroscó sobre sí misma, también erizada, y replegando los caídos labios sobre los flancos de sus fauces, dejó ver los terribles colmillos blancos, largos y agudos, en señal de sangrienta amenaza.

Me pareció que iba á lanzarse sobre su enemigo ó sobre su presa, con feroz intento de despedazarla; pero no se movió, y únicamente dejó escapar un ronquido áspero y profundo, indicio vehemente de su enojada ira.

¿Qué veía? ¿Contra qué especie de enemigo iban dirigidas aquellas muestras de repentino coraje? Su furor parecía reconcentrado y reflexivo.

Adelanté yo la cabeza al amparo del tronco, y dirigí los ojos hacia el punto en que el perro tendía su hocico iracundo. Miré, y estuve á punto de lanzar

un grito de sorpresa: tan inesperado era para mí lo que estaba viendo.

Á diez pasos del perro, apoyadas ambas manos sobre el puño del bastón, con la cabeza caída sobre el pecho, con los ojos fijos en la tierra, sumergido Dios sabe en qué clase de pensamientos, el mudo, el loco, el difunto, el hombre de las barbas, el raro personaje que había despertado en mi ánimo tan viva y tan fugitiva curiosidad, se hallaba allí, inmóvil como una estatua, más bien como una sombra.

Contra él se dirigían las sordas amenazas del perro, ante las que permanecía indiferente.

Entonces pude observar que había en su rostro algo de cadavérico, y hubo un momento en que creí que era, en efecto, un ser del otro mundo, pareciéndome que su silenciosa aparición producía en el perro más terror que ira.

La escena muda que se representaba ante mis ojos comenzó á tomar en mi imaginación proporciones fantásticas. La inmovilidad del hombre y el horror de que el perro se mostraba poseído, infundieron en mi ánimo los más pueriles terrores, que la razón se obstinaba en desvanecer con discretas observaciones.

Verdaderamente era risible la suposición de que aquel hombre hubiera alcanzado el singularísimo privilegio de andar por el mundo después de muerto. ¿Á qué fin extraordinario podía conducir semejante supervivencia?... Este mundo no es tan agradable para que se resignen á volver á él los que una vez lo han abandonado. La muerte es irrevocable, y sería necesario un milagro para volver la vida á un cadáver. Además, ¿qué fundamento podía darse á la suposición de un caso tan extraordinario? En honor de la verdad, ninguno. Cuatro muchachos que pi-

den limosna no son testigos abonados para dar testimonio de una resurrección. Podría ser esa la creencia general en el pueblo; pero la credulidad de las gentes sencillas no es un dato concluyente.

Dios puede hacerlo todo; mas por eso no hemos de creer que hace todo lo que nosotros nos imaginamos.

Me hallaba plenamente convencido de que aquel hombre vivía arrastrando más ó menos penosamente su existencia como el resto de los mortales.

Yo mismo me reía interiormente de mi propia credulidad; pero mis ojos, atraídos por la presencia de tan raro personaje, encontraban en él un no sé qué de horrible y sombrío, que se pintaba en mi imaginación con rasgos tenebrosos, tomando su figura los contornos vaporosos de una aparición impalpable.

Desde donde yo lo contemplaba aparecía destacándose sobre el fondo azul del horizonte como una sombra, y un rayo de sol, escapándose por entre las hojas del parral que cubría la puerta de la casa, iba á desvanecerse en su rostro como si se negara á iluminarlo.

El aire, que agitaba ligeramente las ramas de los árboles, no movía ni un pliegue de su vestido ni un cabello siquiera de la enmarañada melena que caía sobre sus hombros bajo las alas del sombrero. Ó el aire no se atrevía á tocarlo, ó los contornos de su figura eran duros como la piedra.

En la profunda inmovilidad en que, digámoslo así, yacía, era imposible encontrar ninguna señal de vida, ninguno de esos movimientos imperceptibles de los nervios, de la sangre ó de los músculos; su corazón no latía, sus pulmones no respiraban.

Si hubiera estrechado una de sus manos, la ha-

bría encontrado áspera como un guijarro y fría como la muerte.

La actitud del perro era también muy singular; gruñía sin acometer, y enseñaba sus afilados dientes, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia la reja, detrás de la que sonaba el piano.

Llegué á creer que el animal, sorprendido, defendía aquel canto contra la interrupción de aquel hombre.

¿Por qué no ladraba? ¿Quién detenía los movimientos impetuosos de su miedo ó de su cólera?

Mi admiración creció de punto al advertir que aquel perro debía ser el mismo que yo vi cruzar la plaza delante del hombre que era en aquel instante objeto de mis observaciones.

Indudablemente era su perro, aquel perro que lo seguía á todas partes.

Pero entonces, ¿cómo amenazaba tan fieramente á su propio amo?

Los perros acometidos de hidrofobia huyen de la casa para no morder á sus dueños.

Hasta ese extremo heroico llevan la fidelidad y el cariño hacia sus dueños.

Presenciaba yo, pues, un caso verdaderamente extraordinario: el de un perro amenazando á su amo, á un amo del cual hacía dos años no se separaba nunca.

Espiró en el piano la última frase de *La Oración de una virgen*, y el hombre, inmóvil, alzó los párpados, sin atreverse á levantar la mirada. ¿Temía su alma tempestuosa encontrarse con la serenidad del cielo?

Yo vi brillar en sus hondas pupilas los relámpagos de un fuego oculto, cual abismo de su corazón. Á pesar de la espesa barba que cubría su boca, creí

distinguir una sonrisa desolada que, en vez de dilatar sus labios descoloridos, más bien los contraía.

Con paso lento, como el que camina al suplicio, se adelantó, pasando por delante de la casa, y desapareciendo por la pendiente de la colina, del mismo modo que si la tierra se lo hubiera tragado.

El perro apaciguó su enojo, puso las manos sobre los hierros de la ventana, y aulló dulcemente. Después se lanzó con ímpetu, siguiendo los pasos del que un momento antes había sido objeto de sus amenazas.

Cuando yo asomé sobre la explanada de la casa, el hombre cruzaba la profundidad del valle, y el perro, que lo había alcanzado, marchaba delante.

Los seguí, guardando siempre una distancia respetuosa; y, como ellos, crucé el valle, subiendo la pendiente al través de las anchas palas de los nopales, por donde se abría paso el camino.

El perro iba delante, como quien sirve de guía, sin volver la cabeza, sin detenerse en ninguna parte, serio, triste y grave; y el hombre lo seguía, apoyándose en su bastón, con el mismo aire abatido y desolado con que una hora antes lo había visto yo atravesar la plaza del pueblo.

Hundíase el terreno al otro lado de los nopales, formando una ancha hondonada, y en ella desaparecieron de mi vista el hombre y el perro.

Apresuré el paso para volver á encontrarlos, temeroso de perder el camino que llevaban, pues en aquel momento hubiera sido capaz de seguirlos al fin del mundo: tan vivo era el extraño interés que al mismo tiempo me inspiraban aquel perro y aquel hombre.

Cuando dominé la hondonada, volví á distin-

guirlos subiendo el repecho que cortaba la misma; el perro marchaba siempre delante.

La tierra se extendía por aquella parte fluctuando en suaves ondulaciones, desnuda de toda vegetación, sobre la que serpenteaba una senda que iba á morir ante la puerta de un gran cercado, sobre cuyas tapias levantaban sus macilentas copas algunos cipreses, que formaban una cruz en medio del terreno cercado.

Asomaban también sobre las paredes los desiguales remates de caprichosos monumentos, y las desmayadas ramas de cuatro sauces que, cayendo sobre los cuatro ángulos de la cerca, mostraban sus hojas siempre tristes y siempre verdes, para dar testimonio continuo de la perpetuidad de su llanto.

Encima de la puerta se empinaban dos postes, entre los que aparecía colgada una campana.

Estos pormenores, la soledad del sitio, el silencio que allí reinaba y la aridez del terreno que circuía la cerca, me hicieron comprender bien pronto que el perro, seguido del hombre, se dirigían al cementerio.

Me detuve oculto entre los últimos nopales, y vi al perro llegar hasta la puerta, ante la que se detuvo, por la sencilla razón de que estaba cerrada; rascó con sus uñas la madera que le cerraba el paso; pero la puerta permaneció inmóvil y muda. Volvióse á su dueño, y prorumpió en un ladrido, que resonó en medio del silencio como un grito en el cual había impaciencia, súplica y amenaza; pero su dueño, tan insensible como la puerta, permaneció también inmóvil y mudo delante de su guía.

Los perros son tenaces en sus empeños, y el animal se lanzó otra vez á la puerta, y comenzó á escarbar en la tierra, pretendiendo por lo visto abrirse

paso de esta manera. De vez en cuando sepultaba el hocico en la zanja que abría con sus uñas, y exhalaba aullidos prolongados y lastimeros; mas sus esfuerzos eran inútiles, porque sus uñas se embotaban en el portal de piedra al que se ajustaba la puerta.

Entonces apeló á un nuevo recurso.

De un salto se colocó junto á su amo, y asiendo con los dientes el extremo del saco con que éste cubría sus hombros, empezó á tirar obstinadamente, empeñado en arrastrarlo hasta la puerta del cementerio.

El hombre se resistía, y el perro luchaba.

Era evidente que el perro quería penetrar en el cementerio, y no cabía duda de que el hombre se negaba resueltamente á llegar á la puerta de aquel solitario asilo.

El perro tiraba con furioso empeño, y el hombre retrocedía con visible espanto.

Y ¡cosa singular! el hombre estaba armado de un bastón enorme, con cuyo uso habría podido desasirse del enemigo que tan vivamente lo asediaba, y el perro se hallaba armado de vigorosos dientes, con los que hubiera podido vengarse de la resistencia que se le oponía, y, sin embargo, ni uno ni otro apelaban al recurso de sus armas.

Luchaban sin ofenderse.

¿Qué poderosa fuerza atraía al perro hacia el cementerio?... ¿Qué especie de horror alejaba al hombre del umbral de la puerta?

Yo asistía á esta escena con curiosidad indecible, sintiéndome inclinado en favor del perro, que iba perdiendo terreno conforme el hombre retrocedía.

Aullaba el animal, y me pareció que pedía auxilio; no vacilé en prestárselo, y acudí en su socorro.

Abandoné el lugar en que me ocultaba, y tomé la senda que conducía á la puerta del cementerio.

Mi primer intento fué dirigirme al perro y al hombre, que continuaban luchando; pero ¿cómo podía yo tomar parte en aquella contienda?... Varié de parecer, y me dirigí al cementerio.

Llegué á la puerta, la empujé vigorosamente, y una de sus hojas se abrió lentamente, rechinando con aspereza sobre sus goznes enmohecidos.

Fuí á entrar, y me detuve.... Me detuve, porque divisé en el extremo de la calle que formaban los cipreses una sombra que desapareció detrás de la lápida de un sepulcro en el momento mismo en que se abría la puerta.